

## Contra el aggiornamento secularizante.

Este pequeño escrito de Fray Ceslas Spicq O.P. está en el libro “Proceso a los dominicos” de Ángel Garijo del año 1968 y constituye la respuesta a las preguntas que allí se formulan a varios miembros de la Orden: ¿Por qué eligió la Orden dominicana? ¿Necesita la Orden de una puesta al día? ¿Cuál es el ideal de la Orden? ¿Cuál es el puesto de la Orden en la Iglesia y en el mundo de hoy? ¿Cómo ve el futuro de la Orden?

Es importante este testimonio del Padre Spicq contra el “aggiornameto” —actualización, renovación o puesta al día— ya que en el post concilio este vocablo fue transformado en un “slogan” y hasta en un dogma con el cual se ha buscado la secularización y relajación de la vida religiosa. El exegeta advierte del peligro de este aggiornameto apelando a las Palabras de Cristo con las cuales es rematado el sermón de las Bienaventuranzas: “Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres” (Mt, 5, 13). La renovación o reforma de la vida religiosa no puede tener otro sentido sino el de crecer en fidelidad a los santos fundadores y sus escritos siguiendo aquello que la Palabra de Dios nos exhorta claramente: “Acordaos de aquellos superiores vuestros que os expusieron la palabra de Dios: reflexionando sobre el desenlace de su vida [el martirio] imitad su fe. Jesucristo es el mismo hoy que ayer, y para siempre. No os dejéis extraviar por doctrinas llamativas y extrañas” (Heb 13,7-9a). La renovación de la Iglesia no puede hacerse sino por mayor fidelidad al don recibido por la Tradición (Cf. 2 Thes 2, 15) y a través de que cada alma reavive la gracia que recibió por los sacramentos (Cf. 2 Tm 1, 6).

Hay que tener en cuenta que la vida religiosa de la Orden, defendida aquí con todas sus exigencias y austeridades, gracias a la sabiduría de Santo Domingo, el Beato Humberto de Romans, Santo Tomas de Aquino y tantos otros santos, siempre ha gozado de la salud —a pesar de momentos de decadencia muy grandes como los que tuvo que enfrentar San Juan Dominici— que la talla de estos santos medievales le dieron. Esta aclaración es importante hacerla porque antes del concilio Vaticano II no toda la vida religiosa gozaba de la salud que tenía la Orden. La Orden de Predicadores no sufrió lo que el Padre Castellani describe ampliamente en sus escritos sobre cómo los jesuitas de antes del Concilio habían desvirtuado el espíritu de su fundador a través del rigorismo. Con el pretexto de este rigorismo y con el dogma del aggiornameto se ha extendido como una plaga el laxismo y secularización que hoy sufrimos.

Fray Guido Casillo OP

## CESLAS SPICQ

Profesor ordinario en la facultad de teología de la Universidad de Friburgo.

Profesor extraordinario en Le Saulchoir.

Ha escrito numerosas obras de exégesis. Algunas de ellas: *Theologie morale du Nouveau Testament; Agape, prolégomènes a una ét. théol. néotestamentaire; Le philonisme de l'Ep. aux Hébr., etc.*

Hacia la edad de quince años, en el colegio de Sainte Croix (Neuillys-Seine), decidí entrar en la Orden de santo Domingo. Me movió a ello una doble razón: primera, garantizar la santidad de mi vida personal por una vida religiosa austera, y consagrar particularmente largo tiempo a la oración; segundo, predicar y contribuir a la salvación de las almas.

Me sentí atraído hacia la Orden por el ejemplo y la seducción de numerosos dominicos que predicaban retiros en el colegio, y sobre todo, el provincial de Francia, padre Louis, que llegaría a ser socio del maestro general padre Gillet. Su vida de auténticos religiosos me seducía.

Mis "intenciones" dominicanas iniciales no han cambiado, después de entrar en la Orden. Cuando fui nombrado "colegial", después lector, intenté oponerme, pero en vano, para poder consagrarme exclusivamente a la predicación. Pero ahora, ya profesor, dedico mis vacaciones al ministerio apostólico, sobre todo, entre sacerdotes, religiosos y religiosas.

Yo soy muy severo para la pretendida "renovación" de la Orden, tal como se plantea desde hace algunos años. Nues-

tras constituciones son excelentes y siempre actuales. No son los textos o la institución lo que se ha de modificar sino los *hombres*. Es cada religioso el que debe reformarse, es decir, vivir integralmente el ideal dominicano, inmutable desde hace siete siglos.

En efecto, los “reformadores” nos tratan como niños; de una parte, por el camino de la facilidad; de otra, por “métodos” o “recetas” prácticas, siendo así que de lo que tenemos necesidad es de un suplemento de alma. Ante todo, mantener la oración contemplativa (ahora bien se “disminuye” el breviario), porque el apóstol es esencialmente un hombre de Dios; ser fiel a las observancias, particularmente el silencio —el dominico de 1968 es un hablador— y la abstinencia: el pescado (que, sin embargo, hoy se puede comprar), es el alimento más sano para sedentarios e intelectuales. La salud pide, es verdad, que se suprima el oficio nocturno, pero la parte penitencial de nuestra vida, heredada de santo Domingo, es exigida a un predicador que “redime” las almas siguiendo a Jesucristo. Temo que el “aggiornamento” sea un desvirtuamiento de la sal. Prácticamente la vida de los dominicos contemporáneos es más confortable y cómoda que la del clero secular y apenas se ve que es un estado de perfección. Las adaptaciones mínimas que se han de hacer no necesitan de tantas encuestas y diálogos; su finalidad debe ser tornar más adecuada la tendencia a la plenitud de la caridad; la eficacia viene casi exclusivamente de la revelación de la felicidad de la vida del religioso que vive de Dios. Así santo Domingo se mostraba siempre sonriente y alegre; nuestro Señor ponía las bienaventuranzas a la cabeza de sus predicaciones.

El fin específico de la Orden de santo Domingo es la salvación de las almas por la predicación de la Palabra de Dios. Ahora bien, nadie tiene derecho a discutir o modificar el fin de la Orden (se pueden crear nuevos Institutos...). Es un fin eterno, puesto que fue el fin mismo del Hijo de Dios sobre la tierra y objeto de la misión de los Apóstoles. Precisamente esta “vita apostolica” es la que santo Domingo quiso actualizar.

Es un apostolado de luz que requiere, cada vez más, estudio y ciencia, más concretamente “sacra doctrina”. En 1968, la Orden ha adoptado prácticamente la concepción del apostolado de los jesuitas: adaptarse al mundo ambiente, llevar a

los hombres valores humanos. Ahora bien, la noción dominicana del apostolado es dar a Dios por medio de un hombre lleno de Dios (por eso es religioso). Que cada uno en la Iglesia sea fiel a su carisma y guarde el sitio en que Dios le ha puesto.

Otros pueden tener actividades diferentes y legítimas, pero la finalidad de los dominicos será siempre “dar a conocer a Dios y a su enviado Jesucristo” (Jn. 17, 3); por tanto, actualizar el evangelio. Yo no conozco ninguna otra Orden que tenga como ideal consagrarse a divulgar la Revelación —la Palabra que da la vida— en toda su pureza.

En cuanto a los medios para ejercer este apostolado, varían según los países y su grado de fe. Es punto que se ha de examinar en cada caso; pero parece difícil y poco aconsejable establecer “leyes” para todas las provincias. Yo me inquieto viendo a tantos dominicos ignorar lo específico de la Orden y copiar a los capuchinos, jesuitas y sacerdotes obreros.

La Orden de santo Domingo es más actual y urgente en nuestros días que lo fue nunca. Siempre ha sido necesario nutrir y educar la fe de los fieles por la Palabra de Dios, pero hoy es tanto más necesario combatir el ateísmo. El lugar del encuentro (y de victoria) del reino de Dios y del reino de Satán es el terreno del conocimiento; ahora bien, sólo los dominicos poseen por gracia y por tradición, un capital de verdad que permite combatir el error. Lo que santo Tomás hizo en teología y el padre Lagrange en exégesis, hay que renovarlo y extenderlo a todos los campos, especialmente al moral (renovación mediante el estudio de la medicina), al psicológico, al social y al financiero (moral de los negocios), etcétera, especialmente contra el comunismo. No que haya que insertarse en lo temporal, sino que se ha de mostrar la luz de la fe en el trato de las realidades materiales y en la vida concreta de los hombres.

Esto exige de cada uno de nosotros: primero, una intensidad de trabajo superior a la de los otros religiosos, puesto que estamos en la fuente; segundo, una óptica muy pura, sin compromiso con las finalidades terrestres, con frecuencia impuras; tercero, saber hablar la lengua de nuestros contemporáneos.

En una palabra, no hay necesidad de cambiar la Orden; es necesario que sea más plenamente ella misma. No se trata de textos, de métodos y de adaptaciones. Se necesitan *hom-*

*bres*, religiosos auténticos, personas vivas, que piensan, que aman, que trabajan, que predicán. Será su *calidad personal* lo que seducirá a los contemporáneos: “¡Somos el buen olor de Cristo!”.

En cuanto al futuro de la Orden, no tengo ninguna idea y además no me interesa. Solamente sé que habrá que predicar el evangelio hasta el fin del mundo, y que la Orden de santo Domingo será siempre actual y el principal agente del reino de Dios, en la medida en que sea fiel a su vocación apostólica: enseñanza, proclamación de la verdad divina.

El medio de asegurar el futuro, es no admitir en la Orden más que vocaciones auténticamente dominicanas; en muchas provincias, hay una proporción demasiado elevada de novicios cuyo puesto más adecuado sería el de vicarios de parroquias o el de pasteleros; llegados a “padres”, buscan restringir y definir el ideal de la Orden según su propia dimensión. Todo el malestar actual viene de este reclutamiento realizado a nivel más bajo o mediocre.